

donen. La libertad ha de ser para todos ó para ninguno.

—Pues yo tambien me voy, dijo Nuñez.

En esos momentos ó la señal que me hizo Texiér con la voz muy alterada: mas que imitar el maullido de un gato, produjo el gruñido de un tigre. Entonces les dije lanzándome al fondo del pozo cogido de la sogá:

—Los que quieran salvarse, síganme: este es e camino.



CAPITULO XLVII.

INCIDENTES.

Mi principal temor una vez lanzado al abismo, fué que mis compañeros dieran la voz de alarma y que los soldados nos hicieran fuego dentro del mismo pozo, de suerte que por mas prisa que me diera á bajar, siempre daba tiempo á que la guardia ó por lo menos los centinelas que estaban junto á la noria, hicieran uso de sus fusiles, por lo que me parecia á cada momento oír sobre mí una descarga. Este natural temor me dió tal impulso que, incoscientemente me encontré al otro lado ya muy cerca de la boca del pozo vecino alumbrado por la luz de la luna.

Para subir, lo mismo que había hecho para bajar, solo me serví de los brazos, sin observar que Texiér había hecho á la cuerda algunas lazadas para que pudiera meter en ellas los piés y subir con mas descan-

so y comodidad, casi como si hubiera escalones de una escalera; pero yo no ví esto por la situación escepcional en que me encontraba, y como ya dije, bajé y subí á fuerza de brazos, llegándose un momento en que completamente me faltaron los alientos y esto cuando estaba á ménos de dos varas de la salvacion.

Cogido á la cuerda con las dos manos desfallecidas y con el cuerpo tirante, sin haber podido apoyar los piés en ninguna parte, llegué á considerar que me era imposible continuar ascendiendo y llamé á mi compañero con voz suplicante:

—Texiér, le dije.

Y como nadie contestara;

—¡Texiér! ¡Texiér! volví casi á gritarle con voz suplicante, haciendo esfuerzos para ascender que no resultaran inútiles, puesto que ya estaba muy cerca de la boca del pozo.

—Texiér, volví á decirle otra vez con voz angustiada, pues ya había llegado el momento en que no podía tenerme mas cogido á la cuerda, porque me faltaba fuerza en los músculos de las manos é iba á soltarme.

Apareció en lo alto del pozo la cabeza de Texiér despues de unos momentos que me parecieron siglos.

—Que hay? me dijo.

—Que voy á soltarme, que ya se me acabaron las fuerzas.

—No, me dijo él con la respiracion agitadísima, un esfuerzo mas y tómese de mí cuello.

Hice el esfuerzo, alcancé el cuello de Texiér con

una mano quedándome con la] otra cogido á la soga; pero al asirme de él comprendí que no me daba ninguna seguridad y volviendo á oprimir la cuerda con el pequeño resto de fuerzas que me quedaba, torné á decirle con voz cuya entonacion era el de una eterna despedida:

—Es imposible. . . . yo debo quedarme aquí.

El pobre no tenia palabras ya para darme valor.

Entonces el instinto de la propia conservacion me trajo una idea feliz. Haciendo un esfuerzo supremo, el mas terrible, el mas gigantesco, el mas sobrenatural esfuerzo que haya hecho hombre alguno en su vida, me contraje, logré subir las piernas, que con la frialdad del pozo se encontraban inertes y, sosteniéndome con los piés y la espalda, fijos contra las paredes, me solté de ambas manos, quedándome ya sin ningun apoyo, de tal manera, que el menor movimiento me haría ir rodando desde á veinte ó mas varas de altura en que me hallaba hasta las aguas que no eran muy profundas y que no podian impedir que me estrellara el cráneo en sus arenas. . . . Aquel momento de suspension sobre el abismo sostenido solo con la espalda y los piés atravesado á todo el ancho del pozo, me sirvió mucho para cobrar nuevas fuerzas. Entonces me cogí nuevamente de la soga que tenía abandonada, dí otros pasos más, ayudado de los piés, que logré subir hasta el brocal del pozo, quedando casi con la cabeza para abajo. Entonces Texiér sujetó aquellos y ya con esa ayuda eficaz pude seguir avanzando con los brazos hasta que me eché casi exánime enci-

ma del pretil, sobre el cual quedé un instante descansando.

Cuando pude recoger la respiracion y hacer uso de la voz que ya me faltaba, dije á Texiér:

—Estamos descubiertos....

—¿Como?

—Todos los oficiales..... estaban agrupados..... al pozo..... cuando oí la señal..... y..... me vine.

—Entonces..... vamos á ser..... aquí... fusilados.

Noté entonces que la respiracion de Texiér era todavía mas cortada y mas difícil que la mia. Tambien había tenido que trabajar mas tiempo que yo y luchando sabe Dios con cuantas dificultades.

—Seguramente, le contesté.

—El caso es... que no podemos... salir de aquí.... allí vienen unos criados... vámos á ocultarnos.... en.... aquel cuarto.... allí puse mi maleta....

—Suceda..... lo que suceda..... debemos irnos luego..... no tardan los soldados..... en hacernos fuego.... por arriba....

Texiér entonces entró al cuarto y tomó su maleta. El pozo daba á un patio pequeño y en el siguiente que era un poco mas grande era en donde habíamos oido voces de mujeres. Estas voces habian ido felizmente alejándose.

Entonces oímos voces de mujeres y hombres reunidos en los altos, fijándonos por primera vez en que aquella casa los tenia. La luna en aquellos momentos caia á plomo sobre el patio iluminándolo con una luz que á nosotros nos parecia tan brillante como la

del sol; pero había una línea de media vara de sombra junto á la pared de nuestra derecha y por ella pudimos deslizarnos llegando sin ningun tropiezo al zaguán.

—¡Estamos salvados!.... exclamó Texiér.

—Todavía no, le contesté:

Y en efecto, por mas esfuerzos que hicimos no pudimos abrir la puerta y.... ¡era forzoso salir de allí!

Prontamente urdimos un plan y entramos dando fuertes pisadas como gentes que llegan de la calle.

—El Sr. D. Bernardino García?... preguntó Texiér, con la voz temblorosa.

—No está aquí, contestó un hombre desde arriba.

—Y la Señora?... pregunté yo á mí vez para no dejar toda la carga á Texiér y con objeto de que la emocion fuese repartida entre ambos.

—Tampoco está, contestó la misma voz, ¿que se ofrece?

—Traemos un negocio....

—Muy importante....

—De Matamoros.....

—Es el de una libranza....

—Allá voy.

Bajó en efecto un hombre que tenia aspecto de criado y éste, abriendo la puerta de la calle que no estaba cerrada mas que con un pestillo, que nosotros no habíamos podido encontrar antes en medio de nuestra turbacion, comenzó á darnos las señas de la casa en donde podíamos encontrar á D. Bernardino García y á su Señora.

No lo dejamos terminar, sino que precipitándonos á la calle, apenas debe haber oído que le dije yo:

—Sí, sí. . . . ya sabemos á la casa.

Y sin cuidarnos de la estrañeza que debió producirle el que tomásemos un rumbo distinto del que nos indicaba, nos fuimos rectos á una fuente que hay en el centro de la plaza, impulsados por el instinto de encontrarnos en un sitio aislado en donde poder deliberar. La puerta se cerró sin embargo y nosotros continuamos sin hablar palabra con direccion á la fuente, á la cual no abordábamos aún, cuando vimos que una escolta de diez ó doce hombres llegó á la casa de D. Bernardino y oímos que el oficial golpeaba la puerta con el puño de la espada.

—Vámonos de aquí, dije á Texiér.

—Nos buscan á nosotros?

—Sin duda alguna: lo que me estraña es que hayan tardado tanto en perseguirnos.

Algun tiempo despues supe por informes de los mismos prisioneros que los oficiales que trataban de impedir la fuga dieron cuenta á Andrés Martínez que era el gefe mas caracterizado de lo que pasaba y que este lo puso en conocimiento del oficial de guardia, quien para saber quienes y cuantos eran los que faltaban, tuvo que formar á los prisioneros y pasarles lista, lo mismo que hacer un reconocimiento en el pozo, operaciones que lo ocuparon una media hora, tiempo que nosotros debimos emplear en las maniobras que llevo referidas. Al tomarse los informes que dieron las gentes de la servidumbre de D. Bernardino

García, ya se pudo tener la evidencia de que por allí nos habíamos escapado, y se dió parte á la superioridad destacándose inmediatamente numerosas patrullas por todas partes para que nos sorprendieran, cateándose se cuantas casas se creyeron sospechosas y hasta la del obispo Vereá por ser jalisciense.

Nosotros nos dirigimos al azar buscando el hotel de San Fernando en donde debia estarnos esperando Mr. Landolf con los caballos, y digo al azar, porque conocíamos poco la poblacion y estábamos desorientados por los sucesos, y los humos del cognac que habíamos apurado en buena contidad ya nos alcanzaban. Vimos un edificio iluminado y atravesamos por los mismos billares imprudentemente sin cuidarnos de la concurrencia que se fijaba mucho en nuestras fachas de revolucionarios. En el patio encontramos á un negro y Texiér le dijo en inglés que fuera á llamar á Mr. Landolf. Este tardó poco en venir causándole suma sorpresa vernos allí á aquella hora.

—Aquí están Rocha, Treviño y sus oficiales, nos dijo apresuradamente, yo mismo les estoy sirviendo la cena. . . . vds. no pueden permanecer ni un segundo.

—Y los caballos? le pregunté aterrado, previendo ya que habia descuidado este detalle, bajo la plena seguridad que tenia de que no podríamos cumplir nuestra promesa de fugarnos.

—No hay. . . . no se consiguen aún. . . . ¡váyanse por Dios!

—¿Y á donde hemos de ir?

En esos momentos apareció en la puerta de los bi-

llares un caballero de elevada estatura y muy barbado, que según dijo Landolf era un doctor inglés amigo suyo á quien puso al corriente en pocas palabras de nuestra situación, rogándole que nos ocultara en su casa que no podía ser sospechosa. Convino en ello aunque demostrando mucha vacilación y nos dijo que lo siguiéramos á regular distancia.

Así lo hicimos, tomando nosotros por en medio de la calle tomados del brazo, y hablando palabras en inglés para que se creyera que éramos extranjeros borrachos, á lo cual ayudaban las enormes botas que llevábamos calzadas lo mismo que nuestras blusas de lona.

El doctor inglés tenía una Botica que quedaba al frente de un terreno abierto como plazuela en el cual había algunos carretones de basura: nos dijo que lo esperaríamos ocultos debajo de uno de estos, mientras él iba á ver si no había gente sospechosa en la Botica. Allí pasamos dos horas en la mayor ansiedad, pues á cada momento veíamos pasar patrullas que se cambiaban contraseñas con los serenos y sentíamos el movimiento que nos demostraba que ya se hallaba en alarma la población. . . . Por fin volvió el doctor y entregándonos cinco pesos y una navaja de barba, nos dijo:

—Es imposible alojarlos en la Botica porque no se va la gente y es lugar pequeño: quítense la barba y salgan luego de la ciudad.

Insistimos en que nos ocultara, se negó terminantemente y solo convino al fin en llevarnos con otro

extranjero amigo suyo que tal vez podría encargarse de nuestra salvación.

—¿Quién es? le preguntamos.

—Mr. Mathieu, un estatuario que tiene corazón de oro.

—¡Vmos allá!

Y por entre las patrullas nos dirigimos á la casa de Mr. Mathieu, el cual estando ya recogido en su lecho tardó algo en abrirnos.

El doctor le dijo quienes éramos y nos dejó en la puerta confiados á nuestro nuevo dueño, quien nos dijo que su casa era muy pequeña y nos invitó á que lo siguiéramos después de cerrarla por fuera con llave.

Habíamos andado varias calles siempre para el extremo norte de la población, (no puedo afirmar que fuera al norte sino por un vago recuerdo) cuando se me ocurrió preguntarle:

—Y bien, ¿á donde nos lleva vd?

—A la salida de Monterey, para que tomen luego la montaña.

—La montaña?

—Si, si: dentro de media hora están vds. allí en salvo.

—¡Imposible! exclamé con resolución, nosotros no iremos esta noche á la montaña, en primer lugar porque estamos rendidos de fatiga y no podremos avanzar mucho sin caernos de sueño, y en segundo lugar porque mañana mismo seremos allí alcanzados y matados como perros.

—La montaña es muy grande.

—Pero los rancheros de aquí saben seguir las huellas y no tardaríamos en ser descubiertos.

Texiér indicaba que nos llevara á su casa otra vez á lo que Mathieu contestó:

—Tiene que ser visitada mañana por el general Rocha segun me ha ofrecido uno de sus oficiales.

—Pues llévenos vd. al hotel de Achille Chéron.

—Está muy lejos y viven allí muchos oficiales.

—A quién pertenece esa casa? pregunté yo indicando una finca de gran zaguan y de anchas ventanas que era una de las últimas de la poblacion.

—Es una cerveceria alemana, en donde hay juegos de boliche. Es el Tívoli de Monterey.

—Está bien; allí pasaremos la noche.

En seguida dirigiéndome á Texiér.

—Despierte vd. al dueño y háblele en aleman contándole que somos contrabandistas ó cualquiera otra paparrucha.

A la vez que Texiér golpeaba fuertemente la puerta, el Sr. Mathieu se despedia de nosotros para que no le vieran en nuestra compañía.

Nos abrió el aleman encargado de la casa: Texiér le pidió alojamiento ó cuando menos algo de cenar mientras llegaba Achille Chéron á buscarnos, para quien estábamos encargados de meter un contrabando: por fortuna aquel era un su cliente y estaban los dos en negocios, conviniendo con el mejor agrado en darnos entrada.

Abrió la puerta de par en par, encendió varias luces en una especie de cenador que daba precisamente

al frente de la calle y allí nos sirvió carnes frias y cerveza que nosotros gustamos con el mayor apetito, mientras veíamos pasar por en frente de nosotros las patrullas que nos andaban buscando.

Esta desenvoltura fué la que nos salvó. Nadie podia figurarse que los prófugos estuvieran regalándose tranquilamente en un lugar público, esperando quizás encontrarnos debajo de una cama en alguna de las casas que se catearon.